

El Catolicismo en los Estados Unidos

La inauguración del monumento Colón celebrado en Washington el 9 del pasado Junio ha servido de motivo para que el Catolicismo haga un imponentísimo acto de presencia, y al consentirlo los Poderes públicos han dado una lección de cordura y buen sentido a los políticos de la vieja Europa.

Hay en América una agrupación católica, que cuenta con muchos centenares de miles de asociados, la cual es denominada «Caballeros de Colón». Aprovechando la circunstancia de la inauguración del monumento, ha querido demostrar su fuerza, y a ese fin reunió en Washington nutrias delegaciones de todos los Estados. Se calcula en unos 50.000 el número de los que han acudido a la capital.

El día de la inauguración desfilaron todos ante el Presidente Taft y su Gobierno, llevando al frente fuerzas del Ejército y la Marina, y yendo presididos por el general Evans, seguido de muchos jefes y oficiales en traje de gala. En el desfile figuraron muchas carrozas alegóricas, adornadas con los colores nacionales españoles, y—detalle significativo—se vieron muchas banderas pontificias.

¿Saben los lectores a qué representaban los «Caballeros de Colón»? A la organización más fuerte que existe en América: a 20 millones de católicos, que se consideran ya con poder bastante para pretender que el Estado sostenga Escuelas católicas, fundándose en que ese enorme grupo de ciudadanos americanos contribuye al sostenimiento de la instrucción pública, y no la aprovecha por no poder enviar a sus hijos a la Escuelas neutras.

Por la noche se celebró en el enorme Conventon-Hall un banquete de 1.500 cubiertos.

Las paredes del salón estaban adornadas con banderas americanas y en los ángulos ondeaba la enseña española.

Se pronunciaron muchos discursos, siendo aplaudidos con entusiasmo el cardenal Gibbons y el presidente de la Cámara Mr. Clark; pero lo que más halagó el orgullo de los «pobres» españoles que asistieron, fueron los atronadores aplausos que se oyeron al felicitar Mr. Scott y Mr. Monahan para España la gloria de la civilización y cristianización de este continente, y al decir Mr. Barret que antes que en los Estados Unidos hubiese una Escuela de enseñanza superior, ya en la América latina hacía un siglo funcionaban Universidades y Colegios especiales.

Es tan raro que se nos haga justicia, que merece ser conocido un párrafo del

discurso de Mr. Scott. Dijo así el orador: «España y los españoles han hecho más que ningún otro pueblo anglosajón por cristianizar y civilizar no sólo la América, sino el mundo entero.»

Al oír las palabras de consideración y respeto a España que se pronunciaron por los oradores, el secretario de nuestra legación, Sr. Wallis, que por ausencia del ministro representaba a la Nación en la mesa presidencial, se levantó, y con completo dominio del idioma y perfecto conocimiento del carácter americano, improvisó un habilísimo discurso, que terminó proponiendo se brindase por la mujer de excepcionales virtudes, a quien en ningún término se debía la gran obra de España en el continente americano; por Isabel la Católica.

Estas palabras levantaron una tempestad de aplausos, y dieron fin al banquete.

Al día siguiente tuvo lugar el acto más extraordinario que se ha presenciado en los Estados Unidos, en el país donde la separación de la Iglesia y el Estado es más efectiva.

En la Casa Blanca, y ante el monumento de Washington, se celebró una solemne misa de campaña, a la cual asistieron no sólo todos los católicos, sino representaciones del Ejército y de la Armada. En el momento de la elevación tocaron las bandas de cornetas y clarines; el cardenal Gibbons dió la bendición apostólica a aquellos 50.000 católicos arrodillados, ante el asombro de otros tantos protestantes que de lejos presenciaban el acto; y por último, el Padre Russell, arcipreste de la Iglesia de San Patricio, pronunció las siguientes palabras:

«No existe en nuestro país lazo de unión entre la Iglesia y el Estado; pero todos estamos convencidos de que la Religión es necesaria al Estado para sostener su autoridad y de que la Religión necesita del Estado para poder ejercer su sagrada misión en la libertad.»

Terminada la misa, el cardenal y su acompañamiento, vestidos con sus hábitos sacerdotales, atravesaron toda la población, para ir a la Iglesia de San Patricio, pasando entre una enorme concurrencia, que, desfilando, aplaudía y vitoreaba a la cabeza visible del Catolicismo americano.

Lo sucedido en Washington es completamente nuevo en la historia de los Estados Unidos, como también lo que se ve en Europa, y se presta a tantos comentarios, que dejan los lectores los hagan por su cuenta, limitándome a recomendarles mediten un momento acerca de la significación de la tolerancia del Presidente Taft y su Gobierno, y la tácita aprobación de las diversas

ramas del protestantismo, espectadoras muchas del acto religioso de mayor resonancia que ha tenido lugar en el país que se tiene por más liberal y democrático del mundo.

Nueva York, 20 Junio

El gran enemigo, no sólo de la fe y de la religión, sino del mundo entero, de la sociedad, de la patria, de la moralidad, de la justicia, del bienestar y de la paz, es la mala prensa. Los grandes criminales, los enormemente culpables de nuestros días son los escritores de malos periódicos y de malos libros.

Aires de paz

Alemania gasta anualmente mil quince millones de francos en su presupuesto de guerra y más de quinientos cincuenta millones en el de Marina. Es decir, que el sostener su poderío naval y terrestre, le cuesta vez y media más que todo el presupuesto español.

Rebasa el presupuesto inglés de la guerra de mil cien millones de francos y aun es algo mayor el de marina.

¿No es una atrocidad gastar esos caudales inmensos en preparar la muerte para seres humanos, siquiera sean estos de diversa nación, de diversa raza?

Y no es que yo crea en la imposibilidad de esa utopía que llaman el desarme general, ni mucho menos deseo la desaparición de las fronteras.

Pero es indudable que se puede limitar las cifras enormes, abrumadoras, a las que sean suficientes para garantizar el orden público y evitar que los derechos del más débil sean atropellados por la violencia del más fuerte.

Ni cabe dudar que en ocasiones la guerra es, no sólo lícita y racional, sino hasta necesaria.

Pero cabe aquí establecer la misma diferencia que hay entre la legítima defensa y el desenfado. Si yo me veo acometido injustamente y no puedo contar con el apoyo que me es obligado a prestarme los representantes de la ley, recurriré a todos los medios posibles para repeler la agresión y lejos de ser punible mi conducta, sólo merecerá alabanzas.

Pero si al verme insultado u ofendido por otro hombre, y teniendo en mi mano los recursos que la ley me concede para exigir de él una reparación, prescindiendo de éstos y desafiando a mi contrincante, hasta resolución por vía de desafío personal, puesto que someto mi derecho al resultado de la fuerza, de la habilidad o de la suerte.

Por este mismo criterio que sustentamos, y que tiene su sanción en

los códigos cuando se refiere a la vida particular, es muy aplicable a las cuestiones nacionales o internacionales.

Es admisible y laudable que un pueblo oprimido, injustamente vejado en sus creencias, en sus costumbres o en sus intereses, recabe con las armas en la mano el respeto que los poderes tiránicos le negaron; pero que dos pueblos civilizados, entre los que haya divergencias de intereses, sometan la resolución de sus cuestiones a la fuerza de sus ejércitos o al acierto de sus baterías, eso no puede sustentarse sin detrimento de la lógica ni agravio de la moral más rudimentaria.

¿No se han celebrado varias conferencias de la paz? ¿No se puede crear un tribunal internacional de arbitraje para dirimir cuestiones sin que éstas ocasionen el peor mal, la más triste plaga para los pueblos, como es la guerra?

A los esos inmensos millones que se gastan en cañones y artillería, o la mayor parte de ellos, podrían invertirse en fomentar la agricultura, en desarrollar la industria, en perfeccionar las artes, para bienestar de los pueblos; así, los cinco millones y pico de hombres que, solamente en Europa, y en tiempo de paz, están consagrados al servicio de las armas, podrían consagrar sus energías a ocupaciones productivas, que mejorasen las condiciones de la vida humana, que bastantes malas son de por sí, sin que los mismos hombres trabajemos por empeorarlas.

El blasfemo se excusa diciendo que su hábito es una corriente, sin tener en cuenta que es corriente desbordada, que siembra ruinas por donde pasa.

Lerroux, enemigo acérrimo de la propiedad y gran propietario!!!

Lerroux el cándido radical iconoclasta, enemigo de los plutócratas, es ya propietario de una magnífica casa urbana construida en el barrio más aristocrático de Madrid. Hace poco que en la notaría del señor Monagas se firmó la correspondiente escritura de venta por virtud de la que la señora viuda de Meric, importante industrial que hizo una fortuna de dos millones de duros en la explotación de chocolate, ha vendido en 20.000 pesetas su hotel con amplio garage y bien cuidado jardín al diputado por Barcelona, hotel de construcción moderna, levantado en la calle O'Donnell, a dos pasos del paseo de coches del Retiro. La adquisición califica a personas peritas de verdadera ganga, sobre todo si llega a